CAPÍTULO IX

El Niño: clasificación de sus defectos

No pretendemos escribir un tratado de psicología ó de moral, ni es de ninguna manera nuestro propósito dar de los predichos defectos una clasificación filosófica y completa. Escribimos para hombres prácticos, para maestros, ó para jóvenes, los cuales menos han menester de un sabio análisis de la naturaleza humana, que de indicaciones precisas y fáciles de retener. Por eso, sin preocuparnos poco ni mucho por saber si la presente clasificación será rigurosa desde el punto de vista de la ciencia, diremos lisamente que los defectos, ya sean positivos, ya sean negativos, se pueden clasificar, cuanto á su naturaleza, en *defectos corporales*, *defectos intelectuales* y *defectos morales*.

1.° Están los *defectos corporales*, físicos, externos. Indispensable creemos apuntarlos aquí, porque no dejan de tener su importancia; la tienen, y más de lo que generalmente se piensa. ¿Qué digo? pueden tener en la vida grandísimo influjo para el buen resultado de los negocios en los que, más entrado en años, habrá de poner la mano. Por otro lado la Educación no deja de ejercer eficaz acción sobre los tales defectos; al contrario, puede mucho para hacerlos desaparecer, ó, á lo menos, para atenuarlos notablemente. Lo mis-

mo se deberá decir de varios otros, que algunos llevan consigo toda la vida, sólo porque no se les avisó de ellos con franca y animosa caridad.

Tales son, pongo por ejemplo, cierta pesadez apática, maneras groseras ó torpes, mala pronunciación; ¡cuántos otros defectos del mismo jaez pueden ser obstáculo para granjearse la confianza, la consideración y el respeto que nos harían falta para delante de un buen número de personas las cuales no pueden conocernos de botones adentro, como se dice vulgarmente, y sí solo por nuestras relaciones exteriores. Y estos defectos son de tal jaez, que no puede uno llegar á despojarse de los mismos, como en ellos no se haya trabajado con tiempo.

Otro ejemplo — y permítaseme bajar á estos pormenores: — hay ciertas enfermedades desagradables y mortificantes, ignoradas del mismo que las padece; tales son el mal olor de la boca, el hedor de los pies, cierto desaseo general y otras cosas semejantes, que pueden inspirar invencible hastío hacia las personas de mejor corazón y más bien intencionadas. Hay, pues, que tomar prudentes precauciones, y no se tomarán si no se está advertido de que se tienen esos defectos y de que se les puede aplicar determinados remedios.

Sin embargo, he visto personas respetables, hombres de viso y representación, que se veían obligados á consultar por no saber cómo apañarse para tornar agradable una indicación que habían de hacer á un amigo sobre cualquiera de estos delicados puntos, importantísimos, con todo y ser al parecer tan despreciables.

Más aún; sucede á las veces que una voz desentonada, gestos ridículos, tono común ó vocinglero pueden

anular todo el efecto de la predicación más elocuente y más sabiamente preparada.

Ahí tenéis, lo repito, defectos que de fijo es útil conocer; porque si aun estamos á tiempo, se pueden corregir: y sin embargo, ¡cuán raro es que se reciban con reconocimiento los avisos sobre estos defectillos, tan sin culpa como son! ¡cuán pocos amigos, y aun directores, por más que sean sabios, caritativos y abnegados, se atreven á amonestar de ellos, y á cuántos ni siquiera les pasa por las mientes el hacerlo! Grande, inmenso sería el favor que en ello podrían prestar.

2.º Si necesario es conocer los defectos físicos ¡cuánto más lo será conocer los defectos del alma, los *defectos intelectuales!*

Digámoslo sin rodeos: aquí es donde principalmente se desconocen los hombres á sí mismos, y donde más les gusta desconocerse. ¡Cuán difícil es también hallar para tales defectos un amonestador sincero y animoso!

Estos defectos son de varias clases, más ó menos graves:

Está, por ejemplo, *la falta de gusto*, por la cual el escritor, el predicador rara vez producirá algo que á la vez sea brillante y sólido, y caerá muchas veces en afectación, en hinchazón, en estrambótica destemplanza; en suma, merced á ella, podrá verse arrastrado á los más enojosos y ridículos dislates.

Está *la falta de juicio*, sobre todo la falta de juicio práctico, cuyos errores pueden ser capitales en la vida, pueden despeñar en los más escabrosos pasos, precipitar en monstruosos y casi siempre irreparables errores; y en suma, pueden hacer desatinar á cada paso y ser causa del extravío de otros, si se tiene á cargo su dirección. Y sin embargo, ¿quién consiente que le avi-

sen de un defecto, cuyo único remedio sería el conocerlo y desconfiar de sí mismo?

Está, además, *la falta de lo que se llama talento, ó, mejor dicho, la falta de imaginación.* No diré yo que para ser hombre cabal sea indispensable cierto grado de talento ó de imaginación; pero sí que es indispensable no creer que se tienen, cuando se carece de ellos; es indispensable para ordenar sabiamente la vida, saber á cuántos estamos sobre el particular: de lo contrario se emprenderán cosas para las cuales no se tiene capacidad, y con dedicarse á ellas, no se hará más que perder tiempo y quizás acumular un sinnúmero de necedades y desvaríos.

Hay otro defecto más serio: *la falta de penetración, de elevación, de extensión de espíritu.* Este defecto es grave, y es comunísimo también. Con ese defecto, nadie podrá encargarse de ciertos trabajos, de ciertas funciones importantes, de ciertos quehaceres delicados, sin exponerse á tomar medidas falsas, sin deslustrar, envilecer y quizás arruinar las más hermosas obras. Cuando menos es menester desconfiar de sí en estos puntos, y por ende, es necesario conocerse, y, para conocerse, es preciso dejarse amonestar.

Hay — aun en la misma alma — cierta *falta de sensibilidad,* de la que voy á decir una palabra, porque es defecto gravísimo, que ha de estorbar en mil ocasiones llevar á cabo utilísimas obras, pues impedirá conocer el camino para ganarse los corazones, y no permitirá á la persona que tal defecto posea, acomodarse á los gozos ó al dolor de los con quien trata, ni dar en tiempo oportuno alientos ó consuelos eficaces.

Pues bien: estos *defectos,* y muchos más, tan graves como son, y tan importante como es su conocimiento,

no hay nadie — según ya he dicho — que tenga valor para dárnoslos á conocer: porque hacerle notar á una persona su falta de talento es casi siempre lastimarla en lo vivo. No conozco más que una falta, cuya nota, cuya indicación sufrimos en calma, y cuya confesión hacemos de grado sin rubor: es la falta de memoria. En cuanto á los demás defectos, ni se los conoce, ni se los quiere conocer, sea por *presunción,* pues se cree uno capaz de todo; sea por *flojedad,* pues no se quiere hacer esfuerzo ninguno para vencerse; sea por *ligereza,* porque no se puede oir nada que vaya dicho en serio y con formalidad.

No hay, por lo tanto, — vuelvo á repetir — casi ninguno de estos defectos, por arraigado que parezca, del cual no pueda el hombre corregirse, á lo menos en parte, ó cuyas desastrosas consecuencias no pueda prevenir, si tiene la buena suerte de ser avisado de ellas, y el buen acuerdo de dejarse avisar, y harta buena voluntad para tentar aquellos esfuerzos de que sea capaz á fin de mejorarse, y modestia para limitarse á trabajos que desahogadamente pueda llevar á feliz coronamiento.

Pero dirá alguno: ¿hay eficaz remedio contra estos graves defectos? Gracias á Dios, le hay, y tal que casi es infalible; á saber: *humildad y aplicación.* No hay hombre, por de muy mediano talento que sea, á quien no pudiera decirse: *Sea usted humilde y trabajador, y realizará grandes cosas.* La humildad no es sólo justicia suma, es también suma sabiduría. Lo que no es hacedero es el persuadir esto á espíritus ligeros y vanos; y sin embargo, mediante la Educación se puede lograr; por mí mismo he presenciado resultados felicísimos. Conozco hoy en día, hombres, y sacerdotes por más

señas, que han llegado á ser de grandísimo provecho para la sociedad, y aun personajes distinguidos, habiendo algunos de ellos llegado á desempeñar los primeros cargos de la nación y de la Iglesia, los cuales eran de suyo, y se habrían quedado siempre naturalezas vulgares, sin el benéfico influjo de la Educación y sin la docilidad de su juventud. Pero, merced á esta doble felicidad, naturalezas muy medianas han dado frutos más que ordinarios; han llenado sus lagunas, desarrollando sus cualidades, sacando de sí mismos y haciendo germinar todo lo que Dios allí había depositado, y de esta suerte han logrado encumbrarse por encima de su natural, y hoy día sirven gloriosamente á la Iglesia y á la sociedad.

Es á todas luces evidente que los defectos de que ahora vamos á tratar, son los más graves de todos; pues aunque de suyo no son pecados formales, cuando menos son principio de pecado. Unos de estos defectos los llamaré *naturales*, porque van como adheridos al carácter, á la naturaleza, á la constitución del espíritu, y á veces aun á la física constitución del individuo; me permitiré llamar los otros *sobrenaturales*, porque principalmente se oponen á las virtudes de la gracia, y son en el hombre el más principal efecto de la pérdida de la justicia original.

Los defectos *naturales* del orden moral tienen muy de ordinario por fundamento una cualidad que puede llegar á ser preciosa dote, como se haga desaparecer el defecto que es su exageración ó que forma de ell una deformidad. Por ejemplo, el carácter *frío*, discreto, reservado, parece á veces concentrado y medio salvaje; sin embargo, me ha enseñado la experiencia que estos caracteres ocultan muy de ordinario, bajo

aparente frialdad, sensibilidad exquisita, y que son capaces de los más ardientes y generosos afectos.

Convendría, pues, que, por medio de la Educación, se les abriera y se les dilatara el corazón, se les inspirara sensibilidad más expansiva, afabilidad dulce y afectuosa: entonces no se hallaría en estos naturales más que una delicadeza reservada que se deja adivinar y que tiene más encantos de los que á primera vista aparecen: es decir, mucha gravedad, mucha dignidad, mucha sangre fría y precioso dominio del alma sobre sí misma.

El carácter *firme* es propenso á la *dureza;* el carácter *vivo* lo es á la *brusquedad.* Si estos dos defectos fueran cuidadosamente corregidos, nos quedaría sólo firmeza, actividad, celo.

Niños hay que tienen lo que podía llamarse *naturaleza* melancólica, — corazón ternísimo y genio muy reconcentrado.

Esto es por todo extremo dañoso, á no ser que el niño tenga juicio recto, carácter firme y sólida piedad.

El espíritu muy reflexivo fatiga el corazón tierno, lo entristece; y muy luego viene el inevitable hastío de la vida, el esplín, la frialdad: una naturaleza así no resiste mucho tiempo, fenece víctima de sí propia.

¡Qué cuidado no requiere la Educación de semejantes niños!

He dejado escrito que, orilla de estos defectos, se columbra casi siempre una cualidad cuya exageración y depravación son aquéllos; algunos, sin embargo, no semejan ninguna buena cualidad, sino que ya desde luego se presentan como muy perjudiciales. El carácter *ligero, vano, caprichoso, voluble*, no será fecundo

más que en consecuencias desagradables y casi siempre muy desdichadas. La *disipación*, la *charlatanería*, la *indiscreción* son en toda posición molestas, fastidiosas y á veces peligrosísimas: fácilmente se concibe hasta qué punto pueden llegar á ser fuente de gravísimos inconvenientes dichos defectos, sobre todo en ciertas personas y en determinadas posiciones. La precipitación puede despeñar á un sacerdote en el olvido de sacratísimos deberes; la charlatanería, la indiscreción son en mil casos origen de rencillas, y engendradoras de funestísimas desgracias.

Jamás á los niños se les hará comprender lo bastante, que las faltas en que se los sorprende á diario, quizás ligeras en sí, no lo son si se consideran sus principios y las consecuencias que de estos principios se pueden originar; que es menester mirar menos aquellas faltas que no el defecto de donde proceden; que este defecto, que en su vida privada les hace caer en faltas de no muy transcendentales consecuencias, como no lo desarraiguen, les hará cometer más adelante faltas capitales, y que subsistirá mientras no le ataquen denodadamente y no le arranquen de cuajo de en medio de su corazón.

Por estas consideraciones debe quedar justificada ante sus ojos la vigilante severidad de sus maestros; y ellos mismos deberán armarse de generosa voluntad contra sus propios defectos y malas inclinaciones.

Pasando á la corrección de los defectos morales, de ellos diré lo que dejo dicho de los defectos intelectuales: así como arraigan en la naturaleza del individuo, pueden también, como aquéllos, ser corregidos ó disminuídos por la constante aplicación á las virtudes opuestas: la verdadera humildad sabe reconocerlos, y

la cristiana perseverancia en el deber puede desarraigarlos ó á lo menos atenuarlos.

Yo lo fío: con humildad y fidelidad en el deber no hay hombre que no pueda mejorarse y labrarse una carrera útil; no hay carácter, por débil que se lo suponga, que no pueda robustecerse; no hay carácter, por duro que parezca, que no pueda tornarse blando; no hay carácter, por irritable que sea, que no pueda suavizarse. Mas para lograr tan apetecibles y tan raros resultados, ¡cuánto celo y cuánta luz divina son menester en los encargados de avisar, de dirigir, de mejorar las almas! ¡cuánta docilidad en los que han de recibir los avisos, á veces tan molestos para escuchados, aunque tan importantes y provechosos para seguidos!

Todo cuanto acabamos de decir sobre el celo de los maestros y sobre la necesaria docilidad de los niños, se aplica particularísimamente á ciertos casos prácticos y á ciertas naturalezas, en las que se hallan singulares defectos de harmonía y las más extrañas contradicciones.

Esto alcanza en ciertos individuos un grado que raya en prodigio. Encontramos, por ejemplo, en un joven, inexplicable mezcla de frivolidad y de seriedad, de vanidad y de sensatez, de dulzura y de dureza, de luz y de ceguera sobre sí mismo, de nobleza de alma y de miseria moral: la firmeza de espíritu junto con la debilidad de carácter; la madurez de juicio, la rectitud y la bondad de corazón, mezcladas con la flojedad de la voluntad y la insensibilidad de la conciencia; naturalezas cuyos contrastes dejan pasmado al atento observador: ¡tan extraordinariamente fuertes y tan por todo extremo débiles son! Graves y ligeras; tiernas y de

improviso secas y duras; á veces de franqueza admirable, y, sin embargo, capaces de disimulación tan artera, que semejan poseer la sencillez y sangre fría del candor; de inteligencia viva y clara, y de tan obscura conciencia que parece como extinguida en ellos; de una gratitud cuya expresión se parten la sensibilidad y el agrado, y que puede de repente mostrar el continente más ingrato y desabrido; todavía más, quizá no se haya visto más firme carácter ni que afecte más pretensiones de ánimo y valor, y que más haya renunciado al propio tiempo á la energía moral.

Sí: en mi vida he visto, con frecuencia, esa falta de armonía, y estaba por decir, ese divorcio entre las varias potencias del alma, entre la inteligencia, el corazón, la voluntad y la conciencia; y esto en almas escogidas, en naturalezas privilegiadas. Sí: almas he visto dotadas de inteligencia rarísima, penetrante, espontánea, hasta con un corazón noble y sensible; y, sin embargo, los vi capaces de los más tristes desfallecimientos y de los más dolorosos extravíos: como que la razón no ilustraba ni el corazón ni la conciencia; les faltaba por entero el sentido moral; tenían, sí, gran rectitud, sencillez encantadora formada para la verdad, admirable candor criado para la luz; y á pesar de todo dejábanse caer en la mentira; tenían un corazón ternísimo, pero un corazón sin luz y sin vigor que se marchitaba flotando entre densas tinieblas, y viniendo esta exquisita sensibilidad á trocarse en abismo de horrores y miserias.

Estos naturales son temibles, ponen miedo: á pesar de la superioridad de su alma y de las hermosas cualidades de su corazón, puede encontrarse en ellos para

durante toda su vida, una espantosa laguna moral, fuente de las mayores desgracias.

¡Cuán importante no será, pues, estudiar estos naturales, y hacer todo lo posible para ayudarlos! Mas aun tratándose de esmeradísimas Educaciones, no suele ser eso lo ordinario. Esas naturalezas, á fuerza de contrastes, fatigan é impacientan á los maestros: éstos no saben cómo entenderlos, ni cómo definirlos, ni cómo gobernarlos: pocos hay capaces del estudio inteligente y continuado que para ello sería menester; pocos tienen mirada sobrado penetrante, ni mano tan suave y al propio tiempo tan firme como fuera conveniente. Y ¡cuántas veces se cobardea y renuncia vilmente al resultado! ¡cuántas veces he oído decir con acento desmayado, hablando de estos niños y de estos jóvenes: «¡Si son indefinibles!»

Así es la verdad; pero á los maestros toca definirlos, y hacer lo que en su mano esté para lograrlo; á ellos toca seguirlos, mirarlos de cerca, no fiarse de ilusiones ni de prevenciones, y temer, sobre todo, el desaliento; á ellos toca poner remedio á todas estas faltas de equilibrio; á ellos corresponde armonizar todos estos contrastes. Sondeen las lagunas, busquen los puntos flacos, opongan la fuerza á las debilidades, y apliquen eficaz remedio á todos los defectos: sobre todo, ilustren á estas naturalezas acerca de sí mismas; muéstrenles el peligro que corren; señálenles una dirección fija, segura y victoriosa, y vean de lograr la definitiva preponderancia de las virtudes sobre los defectos.

Mas para conseguir tan dichoso resultado, para llevar á cabo empresa tan escabrosa — lo diré llanamente — se hace indispensable la piedad; con la pie-

dad, y sólo con la piedad, es con la que se salvarán las almas de tan formidable riesgo: la piedad puede restituir á estas naturalezas la perdida armonía, puede servirles de lastre y de contrapeso, y hacer que la inteligencia y la conciencia, robustecidas hasta el heroísmo, defiendan para siempre el corazón.

A todas luces se ve claro ser éste uno de los más delicados y más difíciles puntos en cuestiones de Educación. En cuanto á mí, paladinamente confieso que nada me costó más cuidados y más desvelos y sinsabores que la cultura de estas almas. No lleven á mal mis lectores que traslade aquí en su viveza y en su ruda franqueza, las palabras que dirigía yo á uno de ellos con tierna severidad é implacable verdad. Como no fueron inútiles mis palabras en aquel entonces, podrán no serlo tampoco en otras ocasiones.

«En el alma de usted — le decía yo — sólo la inteligencia ha quedado en pie. Pero ¡cosa rara! entre la inteligencia y el corazón de usted parece haber mediado el más extraño rompimiento. De esta inteligencia tan clara, tan viva y á veces tan luminosa, apenas nunca destella luz en la conciencia, para hacerla decir *con juicio firme y definitivo:* Esto está bien, aquello está mal.

«Mucho menos irradia luz sobre su pobre corazón, para hacerle amar, y amar sinceramente, lo bueno, lo amable; para hacerle aborrecer, y aborrecer en serio, lo malo, ¡lo que á Dios ofende!

«Esta evidente rotura de relaciones entre la inteligencia, la conciencia y el corazón es cosa que pasma cuando se estudia de cerca, según yo me he visto precisado á hacerlo.

«Y en lo que todavía nos queda de inteligencia, en su viveza, en su rectitud, que tan presto le hacen á usted reconocer lo verdadero, hay que cegarse para no ver que ahí mismo, fuera de otras alteraciones profundas, hay extraño rebajamiento de la natural elevación, como de quien se ha despeñado de elevadísima altura; una disminución chocante y hasta grosera de su primitiva dignidad, un descenso moral que á veces llega hasta la más extravagante vulgaridad.

«La ligereza moral de su desgraciada inteligencia es todavía para mí un misterio, que no basta á explicarme las cegueras é impenetrables arcanos de su conciencia de usted.

«He renunciado á profundizarlo; harto lo conoce usted; he retrocedido horrorizado ante lo que San Pablo llama misterio de iniquidad: *mysterium iniquitatis.* La horrible serpiente, el *Mentiroso,* ha pasado por aquí. Digámoslo todo: hasta ha fijado aquí su manida... Las ideas del bien y del mal, los mismos principios de la fe, todo ha sido desbaratado; la virtud, la inocencia, la religión: difícil fuera decir qué es lo que cree con firmeza su desventurada inteligencia.

«Pero lo que no conviene olvidar es que, si el misterio de iniquidad en su conciencia de usted no ha llegado al colmo hasta estos últimos tiempos, la debilidad, los desfallecimientos, las nebulosas obscuridades de su conciencia no han cesado de aumentarse de nueve ó diez años á esta parte, si es que no me acuerdo mal de lo que usted me refirió de aquellos primeros tiempos.

«En una palabra, so pena de exponerse usted á los más espantosos riesgos, y de ver un día ú otro aparecer en su vida inesperados é irremediables escándalos, no debe usted olvidar el horroroso vacío moral, la

pavorosa laguna, que hemos sondeado en su alma. Vuelvo á repetirlo: en mi larga carrera, jamás he visto cosa que más me admirase y me dejase más intranquilo por su porvenir de usted.

«Lo que me hace concebir algún rayo de esperanza es la docilidad que en usted observo, la confianza, la firme y hasta hoy fidelísima resolución de guardar el reglamento y de manifestar á los que lo dirigen no solamente las faltas, sino los dsfectos, las altiveces, los contrastes, las inconsecuencias de su corazón, tal y como se los ha dado á conocer seria y dolorosamente la experiencia.»

Pero dejémonos de pormenores; y vamos más derechos al fondo de las cosas; penetremos hasta la causa, hasta la raíz misma de los defectos.

CAPITULO X

Causa primordial de nuestros defectos: el pecado original; la triple concupiscencia.

Dejamos dicho que los defectos morales que hemos convenido en llamar *sobrenaturales*, principalísimamente tienen su raíz en el pecado original, y son por singular manera contrarios á las más especiales virtudes de la gracia; forman en nosotros algo así como una segunda naturaleza: ¡tan hondo están arraigados! Nadie se halla enteramente á salvo de sus tiros; corrompido como se halla el hombre en lo secreto de su naturaleza, es éste el mal más íntimo de nuestro ser moral.

A buen seguro que las luces que más copiosamente nos han de esclarecer en este punto, deberíannos venir de Aquél que mejor que nosotros conoce las profundidades de la humana naturaleza y toda su corrupción; y creo yo que no es de las menos contundentes pruebas de la divinidad de nuestras santas Escrituras la energía y la claridad y la profundidad con que nos revelan los vicios que son fuente manantial de todos los otros. Allí se admira el ojo de Dios, sondeando con penetrante mirada la naturaleza humana, y manifestando al hombre todo lo que hay de más íntimo y